



Capítulo 23

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO II



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EL PALACIO DE PIZARRO DEL SIGLO XVI AL XX

Ricardo Cantuarias Acosta

Cuando don Francisco Pizarro fundó Lima el 18 de enero de 1535, escoge para su morada, una huaca junto al río, en el mismo lugar actual, pero se aclara que la construcción total de los cuatro solares del terreno solo se termina a fines de siglo por los sismos, las guerras civiles y el importante detalle de que la mayoría de los virreyes quinientistas eran solteros o dejaban a sus esposas en España, aún no traen a hijos y parientes cercanos de sexo masculino lo que impide que Palacio se convierta en verdadero hogar de familia hasta fines de la centuria, como veremos a su tiempo.

Desde el siglo XVI, el propio Pizarro decidió que los aposentos privados, hoy la residencia, estuvieran en la parte posterior del inmueble, en la zona que cae a la calle de la Barranca, con puerta reservada allí, la principal y la escalera, en la calle Hierro Viejo o de Aliaga; otra gran puerta para caballos, que diera a la Plaza de Armas, y las caballerizas y los galpones de esclavos hacia la calle Pescadería. A pesar de que el fundador vivió allí desde el principio, las obras de los primeros aposentos y recámaras, se concluyeron en 1537. La construcción primitiva era de dos plantas y su fábrica de ladrillo, adobe y piedra. La puerta principal de la calle Palacio se llamó «de honor», y la citada escalera era paralela a esta vía, la puerta trasera se nombró «del jardín», por estar como hoy, junto a los jardines del edificio, daba a la calle mencionada que entonces tenía vista al río, y se sabe que en las inmediaciones del jardín, había una cancha de bolos, juego favorito del fundador. Los salones de este primer Palacio sirvieron de local de sesiones al cabildo que hasta 1556, careció de uno bueno (Bernal Ballesteros, 1972, p. 42).

A mediados del siglo, cuando el edificio se convirtió en residencia y morada de los virreyes, fue grandemente ampliado y mejorado, y de tener dos patios en el siglo XVI, lució cuatro a fines de la centuria.

Pizarro no tuvo tiempo como ya dijimos, de elevar edificaciones sobre toda el área de la huaca, al ser asesinado por los almagristas el 26 de junio de 1541, pero desde mediados del siglo, los virreyes realizan la tarea. Los alarifes de este primer

Palacio de Gobierno, los maestros y tocayos, Juan de Meco y Juan de Escalante, posiblemente ejecutaron las ampliaciones y reformas, tras la confiscación del inmueble en 1542, por el gobernador don Cristóbal Vaca de Castro, y pasa al poder de la corona, con el nombre de «Casas Reales».

Los conquistadores y virreyes, siempre amigos del fausto, imitaron a la corte real. Así desde un principio, se labraron habitaciones para pajes, guardias, criados, lacayos, mayordomos, maestresalas, caballeros, cocineros, marmitones, botilleros, etcétera, lo que se duplicaría a fines de siglo, cuando empezaron a llegar las virreinas con su respectiva servidumbre de criadas, dueñas, meninas y damas de honor, etcétera.

Desde un inicio, se trató de que el Palacio estuviese lujosamente aderezado y servido, y si en la época de Pizarro triunfa todavía el estilo gótico decadente en siales, mesas, escritorios y tapices, al gastar don Francisco nacido en 1478, cuando no estaba en campaña, modas del tiempo de los Reyes Católicos, desde mediados del 500, la influencia de las modas plateresca, italiana, flamenca y mudéjar se impone en el menaje y tapicerías, con todo el esplendor artístico de la centuria decimosexta, al convertirse España en la primera potencia del orbe cristiano.

Cuando el asesinato del marqués gobernador, el 26 de junio de 1541, según la etiqueta acompañaban al anfitrión en la mesa unos veinte comensales, servidos por igual número de criados, fuera de los cocineros, marmitones y pinches. Sabemos por las crónicas y biografías de Pizarro, que los almagristas entraron por la puerta de honor, siguieron por un patio y subieron por la escalera que conducía a la residencia, y por un pasillo al gran comedor, del que varios comensales huyeron cobardemente, pero no pudieron entrar en un inicio, al hallar cerrada la puerta de acceso al mismo. Contra la opinión de todos, imprudencia que pagaría con su vida, Francisco de Chávez, uno de los convidados, a quien Pizarro había encargado mantener cerrada dicha vía, la abrió y así pudieron penetrar los almagristas.

Se sabe que varios invitados se metieron dentro de los aparadores del cenador y bajo las camas de las alcobas. Pizarro murió en las habitaciones interiores que daban al jardín, después de mostrar su valentía y sus diestrísimas dotes de espadachín contra toda la horda enemiga, que tras asesinar al marqués, saqueó completamente el Palacio, llevándose oro, plata, joyas, perlas y otras piedras preciosas, tapicerías, aljófara, caballos y otras bestias, armas y esclavos, etcétera, en medio de la iniciada guerra civil (Pastor, 1938, p. 30).

Ni el gobernador Vaca de Castro ni el trágico primer virrey don Blasco Núñez de Vela, realizaron obra de importancia en la saqueada Casa de Pizarro. El primero la confisca para la corona y el segundo adapta unos ambientes para las sesiones de la flamantísima Real Audiencia de Lima, tribunal encargado de administrar justicia en casi todo el continente suramericano. Este organismo lo inaugura el virrey Núñez, que entró a Lima bajo palio en lucida ceremonia, en un salón todo tapizado de seda y ricos paños, donde se recibe con gran acatamiento el sello real.

El acontecimiento de elevar la casa de Pizarro a Palacio virreinal, obligó a remudar y mejorar el menaje y decorado del inmueble, tarea realizada por el virrey Núñez, y cuando en 1544, el edificio es tomado nuevamente por los oidores tras capturar al virrey, la turba sustrae las pertenencias del depuesto vicesoberano, sus ropas, y trajes, joyas y alhajas, destroza y saquea muchas «cajas ensayadas», cofres tumbados que las contenían, como escritorios «muy galanos»; rompe cerrojos, candados, puertas y cerraduras y alzan con los guadamecés (o cueros pintados) y «paños de corte» o tapices que colgaban de los muros de antecámaras y alcobas. Se llevan asimismo los asaltantes a todos los esclavos de ambos sexos de don Blasco, como también los caballos del establo. Más tarde, aquietado el reino, los virreyes convivirán mal de su grado con los oidores de la Audiencia, hasta el siglo XVII, pese a reales cédulas que ordenan su expulsión y cuando se torne rutina que los virreyes vengan acompañados por sus cónyuges o fruto femenino de bendición, pues los oidores no querrán mudarse del edificio, al habitar allí gratis.

Durante el efímero gobierno usurpador de Gonzalo Pizarro, hermano del marqués, vuelven a aderezarse con primor, los salones y cámaras de Palacio, pues el nuevo inquilino se da vida de príncipe: se instalan dos comedores, uno para Gonzalo y sus convidados, que por etiqueta no se sientan cerca de él, y otro llamado «tinelo» para sus guardias, caballerizos, pajes, criados, lacayos, mayordomos y gente del servicio palatino. En el gran comedor, presidiendo una enorme mesa, Gonzalo es servido por sus criados de boca, como los reyes y potentados del renacimiento, en escenas que Cervantes satiriza en el Quijote, cuando nombra a Sancho Panza gobernador de la Ínsula Barataria. Después de la salva, el maestresala presenta los platos a Gonzalo, mientras observan el botillero, el trinchante, el repostero, el camarero, el veedor y el cocinero, todos atentos a satisfacer cualquier orden o deseo del nuevo gobernador. Y para celebrar la Pascua de Navidad en 1544, se ofrece un gran banquete en palacio, el primero de su género aquí, en el que se consumen más de cincuenta botijas de vino y numerosos platos de origen español como indígena, en sabroso mestizaje gastronómico. El ágape concluye con un colorido juego de moros y cristianos en la plaza, todavía virgen de fuente y portales, espectáculo que Gonzalo y sus cortesanos contemplan desde los balcones palaciegos (Pastor, 1938, pp. 52-53).

¿Quién podría adivinar entonces, que el virrey Blasco Núñez como el orgullosísimo Gonzalo Pizarro terminaría decapitados? El uno, por el propio Gonzalo, tras la batalla de Iñaquito el 18 de enero de 1546, y el otro por orden del gobernador don Pedro de la Gasca, tras la batalla de Jaquijaguana el 10 de abril de 1548. En ese lapso, Gonzalo se acercó más a las modas regias renacentistas cuando llevó a Palacio su propia orquesta de músicos y cantores, para que pusieran en solfa sus triunfos y victorias, guardado mientras dormía por doce gentilhombres y de día por cincuenta hombres de caballería y ochenta en las puertas de palacio, entre

alabarderos y arcabuceros. Lanzas y picas en sus astiales, decoraban los muros de salones y antecámaras y en el gran comedor, deslumbraban los platos, escudillas, jarras y tazones de plata, en los que cenaba y merendaba el hermano del marqués con sus comensales, a quienes obliga a sentarse en bancos en el salón, mientras que los siales eran solo para él, los caballeros de su guardia personal y para los licenciados Cepeda y Carbajal. Gonzalo es un príncipe sin corona, que come solo en una mesa y en otra a menor nivel, se acomodan sus invitados. ¡Qué diferencia con su hermano don Francisco, que como hombre más austero y sobrio, sentaba a todos a su alrededor en su misma mesa! (Pastor, 1938, pp. 56-58).

Don Pedro de la Gasca, como pacificador del Perú, se preocupa más de gobernar el reino y restaurar la Real Audiencia, que en erigir un gran palacio; como eclesiástico e inquisidor desea dejar en paz el Perú, y conseguida su meta, regresa a España en 1550. La Casa de Pizarro queda como su hermano, el «gran Gonzalo» la dejó.

En setiembre de 1551, entra triunfalmente en la Ciudad de los Reyes, don Antonio de Mendoza, quien a diferencia de sus antecesores Núñez Vela y La Gasca rehúsa desfilar bajo palio. De la familia de los marqueses de Mondéjar y los condes de Tendilla, es hombre experimentado en el gobierno de las provincias de ultramar, pues ha desempeñado el cargo de primer virrey en la Nueva España desde 1535 por quince años. El excelentísimo señor de Mendoza, después de morar en el lujoso palacio de los virreyes mexicanos, desea que en la capital de la Nueva Castilla se eleve un edificio similar. Es la época en que Cieza habla de las casas limeñas como «muy buenas y algunas muy galanas con torres y terrados» (Cieza, 1965, pp. 99-100). ¿Luciría así Palacio?

Lo primero, es ampliar la fábrica existente, empezando por dos nuevos salones y una nueva ala en la esquina de la Pescadería y la Barranca, para «casa de fundición», ya que esa área del terreno, estaba sin construir desde la fundación de Lima. Es muy posible que el nuevo vicesoberano pensara en reconstruir totalmente el edificio, pero desdichadamente su ancianidad y mala salud frustraron el proyecto, pues don Antonio de Mendoza, falleció en esta capital el 21 de julio de 1552, y fue enterrado en la catedral. Había llegado con 23 criados y su escudero italiano, y era tanta su enfermedad que tiene que enviar a su hijo, don Francisco al interior, como auxiliar en las tareas de gobierno (Pastor, 1938, p. 63; Busto Duthurburu, 1978, p. 307; Lavalle, 1971, p. 51).

Quien refaccionó y amplió Palacio, es su sucesor y pariente, el tercer virrey, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y entre otros títulos y preeminencias, montero mayor del rey y guarda mayor de Cuenca, quien llega a Lima en julio de 1556 y es recibido bajo palio. Le acompañan su hijo don García, virrey a su vez a fin de siglo, su bastardo don Felipe y cien criados entre un mayordomo mayor, cuatro maestresalas, dos capellanes, dos caballeros y gran número de pajes, lacayos y otros servidores. El nuevo virrey y su séquito

se hospedaron en un principio no en palacio, sino en la casa de don Antonio de Ribera (antes de don Martín de Alcántara, medio hermano del marqués Pizarro), en la esquina de las calles Correo y Palacio, inmueble comunicado con la casa de gobierno por un corredor de madera (Pastor, 1938, p. 65; Bernales, 1972, p. 44). El palacio se adorna con bufetes de columnas labradas, vajilla de plata con los blasones de Mendoza, blandones y candelabros, redes, cortinas de damasco, tapicerías y reposteros, imagerie y pinturas (Vargas Ugarte, 1935, p. 28).

El marqués de Cañete creó y edificó la capilla real en uno de los patios palaciegos y la encargó a dos capellanes, que por privilegio debían ser frailes dominicos, amplió, y reformó el salón de la Real Audiencia y ordenó las obras al carpintero Andrés Xuaura, tocayo suyo en 1557 (Pastor, 1938, p. 77). Es muy posible que el ala de servicio fuera también agrandada por la crecida servidumbre de Su Excelencia. Además, controla a los oidores Saravia y Santillán que moraban en Palacio desde hacía años en cómodas habitaciones sin pagar un céntimo al tesoro real. Se instaló una cochera para la carroza del virrey, traída de España y primera de su género aquí, y aposentos para sus diez escuderos que cuidaban la puerta de su alcoba, los diez alabarderos que vigilaban la puerta de la sala del Consejo y los 150 soldados que acompañaban su carroza en las salidas, en dos filas: cincuenta a caballo y 100 gentiles hombres lanzas que cuidaban las escaleras y el segundo patio palaciego. Pero fallece el marqués de Cañete y le sucede el conde de Nieva, de trágica memoria.

Don Diego López de Zúñiga y Velasco, caballero de la orden de Santiago, cuarto conde de Nieva, señor de las villas de Arnedo, las Arezanas y Cerezo y virrey del Perú entre 1560 y 1564, tuvo la «leyenda negra» de haber muerto asesinado por su vida libertina. Sin embargo, se olvida de que fue él quien diseñó la etiqueta palatina, e instaló en un nuevo salón el Consejo de Estado con el sello, armas reales y un dosel, diverso al de la Real Audiencia. Llegó acompañado de su hijo don Juan de Velasco y 67 servidores entre criados y pajes. Durante su breve gobierno trienal se preocupó por la política edilicia, al crear la Atarjea, proyectó la fuente y los portales de la Plaza de Armas (Pastor, 1938, pp. 81-82).

Según carta al rey del comisario real, Ortega y Melgosa, en junio de 1562, se conoce que se habían gastado cerca de diez mil pesos para refaccionar los salones en que sesionaban el virrey y los oidores, así como los departamentos en que residían el virrey y su familia. Era evidente que el conde deseaba vivir lujosamente; y otra comunicación a la corona fechada en setiembre de 1563, revela que aún entonces moraban en palacio, algunos oidores, y que el conde con una mentalidad impropia de su rango e investidura, había realizado excavaciones en el edificio para descubrir el «tesoro de Pizarro» (?), sin éxito, dejando derribada la habitación de un oidor (Pastor, 1938, p. 81). El 20 de febrero de 1564, moría asesinado en misteriosas circunstancias, el conde de Nieva, el primer virrey galante del Perú.

Su sucesor, don Lope García de Castro, caballero de la orden de Santiago y miembro del Consejo Real, quien gobernó interinamente el país entre 1564 y 1568, gastó veinte mil pesos en refaccionar Palacio, amplió el edificio y reconstruyó la ruina fomentada por Nieva y los consejeros de Estado.

Don Francisco de Toledo, de la familia de los condes de Oropesa y mayordomo real, pariente del duque de Alba, fue el reemplazante de don Lope García de Castro, entre 1569 y 1581 y el virrey más destacado de toda la centuria décimo sexta, pues erigió con sus leyes y reglamentos, las definitivas bases del gobierno para toda la época hispánica. Llegó con 72 sirvientes y las familias de estos y con una real cédula en la que el previsor don Felipe II, ordenaba el desalojo de todos los oidores o funcionarios reales que moraran en palacio, para que el séquito de don Francisco, se acomodara sin problemas, incluyendo la letra del documento regio, la idea de ampliar o reformar el edificio.

A poco de llegar, en carta al rey, Toledo describe su palacio, como «ruin, pobre y flaco edificio», comparándolo desfavorablemente con el de México, y señala que los aposentos levantados por García de Castro, «parecen cárceles» y que se necesitaba la construcción de prisiones en palacio y en la ciudad (Pastor, 1938, pp. 90-93; Bernal, 1972, pp. 69-70; Bachmann, 1939, pp. 385-386).

La citada guardia de alabarderos y arcabuceros seguía custodiando la Casa de Pizarro, donde todavía vivían algunos oidores, el licenciado Castro, su sobrino, el famoso navegante Álvaro de Mendaña y su esposa doña Isabel Barreto y además funcionan la Real Audiencia, la Chancillería, la Sala del Crimen, el Juzgado de bienes de difuntos y el de oficiales de Su Majestad (Riva Agüero, 1934, p. 136).

Entre 1572 y 1574, el Palacio fue debidamente refaccionado gracias a los esfuerzos del virrey Toledo y para 1575 se había elevado en la esquina de la Plaza y la calle del Puente o de Aliaga, la armería o sala de armas que contenía arcabuces, rodela, picas, pólvora y salitre, reunidos por el diligente señor de Toledo. Pero el 17 de junio de 1578, un terremoto sacudió la Ciudad de los Reyes y entre otros edificios arruinó la vicerreal morada. El señor de Toledo refacciona lo que puede, pero en mayo de 1581 debió regresar a la corte de Madrid, y las obras quedaron inconclusas. El edificio contiene entonces cuatro patios, la audiencia y tribunales llenaban el del Sudeste, esquina de la Pescadería y la Plaza; la citada sala de armas y la capilla, el del SO, los aposentos privados y jardín del virrey y los cuartos de la servidumbre el del NO, esquina del Hierro Viejo y Desamparados y la cárcel de corte, el del NE, esquina de la Pescadería y una plazuela, cubierta luego por la morada del general Rodrigo de Mendoza, sobrino del virrey Montescalros, en litigio con don Francisco de la Cueva (Riva Agüero, 1934, p. 137). Entre 1575 y 1600, es la etapa en que la casa de Pizarro toma en gran parte su fisonomía definitiva, solo perdida un siglo después, tras el terremoto de 1687, que lo arruinó casi por completo y trastornó su antigua apariencia.

El sucesor de Toledo, don Martín Enríquez de Almansa, próximo deudo de los marqueses de Alcañices, y señor de Valderrábanos, como don Antonio de Mendoza ha sido también virrey en la Nueva España. Pero así como éste, llegó anciano y enfermo al Perú, y fallece en marzo de 1583, tras un cortísimo gobierno de dos años. Ambos virreyes como su sucesor el conde de Monterrey, del único arreglo que pueden ocuparse es de su salud, de su alcoba y de su lecho mortuario. Entonces don Cristóbal Ramírez de Cartagena, oidor presidente de la Audiencia gobernadora, quien realizó los trabajos más urgentes en el averiado inmueble, tras el sismo del 16 de marzo de 1584, hasta noviembre de 1585, cuando llegó el sucesor del difunto Enríquez, don Fernando de Torres y Portugal, conde de Villardompardo, caballero de Santiago, asistente de Sevilla, corregidor de Asturias y Salamanca, Señor de Escañuela y alférez mayor y caballero veinticuatro de Jaén, quien trajo un gran séquito de más de sesenta servidores (Pastor, 1938, pp. 190-192)¹.

Pese a ser quien era, no pudo el aristocrático conde, luchar contra las fuerzas de la naturaleza, sino más bien casi sucumbir bajo ellas, pues en el Callao despachando la armada, lo sorprende el terrible sismo del 7 de julio de 1586 a las 17 horas. En Lima, se derrumba la torre catedralicia, el Palacio queda inhabitable, y en el puerto hay maremoto, y la casa donde se halla el virrey también se desbarata. Mueren más de veinte personas, y el virrey y su séquito se mudan al convento de San Francisco en Lima, mientras el renombrado alarife Francisco Becerra inicia por orden visorreal un nuevo edificio, que lentamente se labra.

Es el sucesor del conde, don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, quien a partir de 1589, continúa las obras de refacción, pues trajo a su esposa la primera virreina, doña Teresa de Castro y de la Cueva, hija del conde de Lemos y nieta del duque de Alburquerque y doscientos criados entre los de estrado y los inferiores de recámara y botillería. Se reconstruyeron salones y antecámaras, para que lucieran la belleza y femineidad de la marquesa y sus damas en las ceremonias de corte, que por primera vez, se realizan con una virreina cuya camarera mayor era doña Ana de Zúñiga, viuda noble de Guadalajara y su hijo don Juan de Luna y Zúñiga, maestresala honorario de Palacio (Riva Agüero, 1934, p. 491; Pastor, 1938, pp. 108-109).

Pero fue solo entre 1596 y 1604, con el nuevo virrey don Luis de Velasco, antiguo virrey de México, y que lo será de nuevo de modo excepcional, cuando acabó su gobierno aquí y retornó a la Nueva España, que por fin se concluyeron el frente, las ventanas, los balcones y los corredores que daban a la Plaza de Armas, y que con las fuentes, oficinas, galerías y real capilla que había vuelto a levantar la energía del joven marqués de Cañete, dieron por cien años la fisonomía digna,

¹ Ver también carta del virrey a Felipe II en la que manifiesta vivir en el convento de San Francisco mientras se restauran las inhabitables casas reales.

amplia y sólida que merecía el palacio virreinal (Pastor, 1938, pp. 112-115). Y Velasco autoriza también en marzo de 1603, la apertura de 42 tenduchos o «cajones de Ribera».

Parece que la reconstrucción fue lenta pues sabemos que en 1599, por falta de sala, los secretarios de la Audiencia se llevaban a su casa el sello real y papeles, originando un caos monumental (Durán, 1994, p. 138; Bernales, 1972, pp. 126-127). Es la fisonomía «definitiva» del palacio que conservó hasta finales del siglo XVII, cuando los sismos de aquel entonces obliguen a nuevas reconstrucciones y refacciones en la estructura del edificio, solo cambiada tras la ruina de 1746.

A inicios de 1600, hay un virrey donjuan que recuerda al conde de Nieva. Se trata del marqués de Montesclaros, don Gaspar de Mendoza y Luna, que viene de México con su esposa, doña Luisa Antonia Fernández Portocarrero, que ya había tenido una pérdida al salir de Acapulco y que parece haber quedado imposibilitada de tener más niños, tras parir a su primogénita y única hija Isabel Petronila de Mendoza Portocarrero luego duquesa del Infantado. Don Gaspar deseaba de todos modos tener un heredero varón y en Lima trató de hacerlo fuera de casa al salir de noche disfrazado de palacio por la puerta del jardín. Primero tuvo una hija con su parienta, Ana Ventura de Mendoza, y que antes de mediar el siglo desposó a Agustín de Uceda. Luego encuentra entre las damas limeñas que le hacen corte a la virreina, a doña Luisa de Mendoza, viuda y hermana de don Santiago Francisco de Mendoza y Cisneros, corregidor de Parinacochas, Cotabambas, Azángaro y Asillo. La ve, se enamora y la hace su amante. Hacia 1612, nace su hijo varón don Antonio de Mendoza y Luna, caballero santiaguista en 1645. Al verla embarazada, don Francisco abandona a su hermana y esta deja de acudir a Palacio, pues no estamos ni en Francia ni en el siglo de los Luises. Para felicidad del marqués, doña Ana muere al retornar a España y es inhumada en La Habana. En la península, don Gaspar, viudo por segunda vez, logra que doña Luisa y su hijo viajen allá desde Lima (Vargas Ugarte, 1966, p. 149; Moreyra, 1959, p. 65 y ss.). Dedicado a sus amores, el virrey deja que un deudo suyo se apodere de una plazuela detrás de Palacio y erija casas en ella, como ya vimos según Riva Agüero (Riva Agüero, 1934, p. 491).

En los primeros lustros del siglo XVII, el virrey príncipe de Esquilache, don Rodrigo de Borja y Aragón que vino con su esposa doña Ana de Borja, 60 criados y 24 criadas de ella (1615-1621) embelleció el edificio, al refaccionarlo tras los sismos de 1606 y 1609, pues pintó de verde con perfiles de oro las puertas y ventanas viejas, colocó ladrillos en los techos, cambió el piso de su alcoba, al doblar los muros de adobes de un terrado descubierto, forró de madera su recámara, todo a un costo de seis mil pesos; todavía en 1618 residían allí algunos oidores (Durán, 1994, p. 136). Sabemos que entonces, según la descripción del judío portugués León Portocarrero, el edificio tenía dos patios (*sic*) y dos plantas, jardín en el medio, daban a la plaza los tribunales y salas de audiencia en el piso alto sobre

el patio de oriente; en el patio de occidente estaban las Cajas Reales (Tesorería) y la capilla del Palacio, sobre ambas un corredor o pasadizo por el que transitaba el virrey para dirigirse a dichos tribunales y una gran escalera que conducía a los aposentos virreinales, custodiada por treinta alabarderos y cañones; en la esquina del cabildo estaba el arsenal o armería con toda clase armas; la cárcel de corte se hallaba en la esquina opuesta abierta por el virrey marqués de Montesclaros, otra puerta se abría a la calle Pescadería y en la esquina del arzobispado funcionaban la sala y Tribunal de los alcaldes del crimen, detrás de Palacio y junto al río tenían sus viviendas los criados y sirvientes palatinos, aunque algunos de ellos residirían en la propia morada virreinal (Pastor, 1938, pp. 112-113). De subrayar es que este autor del siglo XVII omite citar los «cajones de Ribera» que por siglos ensuciaron el frente de Palacio. El judío portugués escribe hacia 1621 en tiempos del virrey príncipe de Esquilache, casi un cuarto de siglo después que don Luis de Velasco erigiera la portada, frente y los antiestéticos «cajones», y su descripción es más que todo del interior.

La descripción del padre Bernabé Cobo, famoso cronista jesuita, realizada unos quince años más tarde, poco informa de nuevo; lo único que añade es que la cárcel de corte se concluyó en 1621, contradice el testimonio anterior, que las portadas y las «ricas ventanas» las mandó fabricar don Luis de Velasco, que aparte de la fachada que da a la plaza, hay otras tres, una por lado, y que el edificio original levantado por don Francisco de Pizarro, fundador de Lima, ha sido mejorado y ampliado por todos sus sucesores virreinales (Cobo, 1965, pp. 128-129). De los cajones anota: «Por toda la acera de Palacio, corre hilera de cajones o tiendas de madera, arrimadas a las paredes, de mercaderes de corto caudal».

El área de palacio ocupaba 33 856 varas cuadradas y por la gran portada de piedra y ladrillo, penetraba en el real edificio con sus tejados, azoteas, grandes corredores y patios con jardines y pilas, contenía cómodamente en su interior los estrados y salas de la Real Audiencia, la cárcel de corte, el Tribunal de los contadores mayores, la Caja Real, la sala de armas, la capilla real donde los oidores oían misa todos los días antes del despacho y por último, todas las piezas habitadas por el virrey y su familia (Patrón, 1935, p. 3).

El inmueble indemne ante el terremoto del 27 de noviembre de 1630 se convierte en teatro durante la administración del conde de Chinchón, don Luis Jerónimo de Cabrera y Bobadilla que con su esposa, doña Francisca, instauran este hábito cultural. Así sabemos que hubo comedia en Palacio en 1632 la tarde del 27 de enero con la presencia de los oidores, sus esposas y el presidente visitador de Charcas, el 20 de febrero, el 14 de abril en la tarde, el 16, una muy buena por la mejor calidad de los actores y su compañía «más aventajada en sujetos que el año pasado», en 1633 el 19 de enero y el 5 de julio, aunque ignoremos los nombres de las piezas. Parece que los condes de Chinchón se resentían de acudir al coliseo

por los graves desórdenes allí ocurridos, pues el 18 de abril de 1632 en la tarde «hubo muchas cuchilladas sobre los asientos, por ser muy grande el concurso, el número de gentes que las van a oír» (Suardo, 1936, pp. 207, 211, 219, 259, 280). Un incendio ocurrido en un cajón de pólvora el 7 de julio de 1634, obligó al virrey conde de Chinchón a prohibir la venta de ese fulminante en los «cajones de Ribera» (Suardo, 1936; Bromley, 1959, p. 274)².

En 1672, los condes de Lemos representaron con soberbio lujo *El Arca de Noé* comedia de Meneses, Niño y Cáncer en un patio palaciego la noche del 11 de febrero, al estilo de las realizadas en el madrileño palacio real del Buen Retiro con música y bailes. Éxito clamoroso, se inició a las 8 p.m. y terminó muy tarde. Acompañaron a los virreyes, los oidores y los padres jesuitas. El 14 y el 15 hubo más funciones repetidas hasta el 2 de marzo (Basadre, 1945, p. 335). Palacio sirvió de teatro hasta mediados del siglo XVIII. Así el 15 de diciembre de 1689 dedicada a la virreina duquesa de la Palata, se montó la zarzuela *También se vengan los dioses*, del peruano Lorenzo de las Llamosas con música de autor anónimo, y el 19 de octubre de 1701, bajo el conde de la Monclova, *La Púrpura de la Rosa* de Calderón, convertida en la primera ópera americana, con música de don Tomás de Torrejón y Velasco. El marqués de Casteldosriús estrenó su comedia *El Mejor escudo de Perseo* el 17 de setiembre de 1708, con música de Roque Cerutti, el italiano Maestro de la Capilla palaciega, y en setiembre de 1711, para festejar la victoria de Villaviciosa, se puso *Triunfos de amor y poder*, comedia del sabio peruano don Pedro Peralta y Barnuevo, con música de Cerutti entre otras. El ciclo de comedias palaciegas concluye en 1748 con *Ni amor se libra de amor*, de Calderón, y una *Conquista del Perú* del peruano Francisco del Castillo (Cantuarias, 1995, p. 12)³. Amat prefirió acudir al coliseo.

El edificio sufrió graves daños por el sismo del 13 de noviembre de 1655, el gran balcón esquinero del segundo piso se destroza y maltratado el muro que lo sostenía, se le rehace adelantándolo sobre la calle y abre en él los diecisiete cajones, adosados a los muros del edificio, en la calle Hierro Viejo, entre la esquina y la puerta de honor, cuyo alquiler anual de 2540 pesos permitirá utilizarlo para reconstruir el devastado palacio (Pastor, 1938, p. 388).

Exhausta la Real Hacienda, el virrey de turno, don Luis Enríquez de Guzmán, Conde de Alva de Aliste, marqués de Villafior y grande de España, es quien ordena la instalación de tales tenduchos. Los temblores duran trece días y en ese lapso el virrey duerme con su familia y séquito en el jardín palaciego, gasta en la reconstrucción de todo el inmueble cerca de ochenta mil pesos del Real Erario, lo que toma en cuenta en su juicio de residencia (Pastor, 1938, p. 115). Sin embargo, en 1656, el artista Francisco Serrano pintó el retablo y la capilla real en Palacio con

² Bromley ofrece los 22 nombres de los miembros de la casa del virrey.

³ Para la época virreinal vease Stevenson, 1976; y Lohmann, 1945 (capítulo dedicado al siglo XVIII).

el dorador Juan de Arce y el ayudante Bartolomé Luys. Serrano tasó los trabajos de Pedro de Noguera, vecino de Lima desde 1649 fecha en la que declaró tener cincuenta años (Rodríguez, 1969, p. 245).

En 1669 el escribano de la Real Audiencia Gonzalo de Meneses informa en tiempo del conde de Lemos:

Palacio Real -28- La frente que corresponde a tramontana ocupa el Palacio Real, casa de los Virreyes, en su mitad está la puerta principal y en el principal tránsito alojada una compañía de caballos que por preciosa insignia, usan bandas carmesíes y asisten a su guardia y custodia.

Del tránsito se sale a un hermoso patio, donde está la Real Audiencia y los portales corren solo por dos bandas, empezando de la parte de mediodía y acaban en la que corresponde a Oriente, en cuyo extremo está situada una espaciosa escalera, que con tres mansiones llega al corredor, que corona igualmente los portales en él está la Sala del Acuerdo, que corresponde a la puerta principal del Palacio donde se botan los pleitos y corriendo al oriente se continúan dos salas de oidores y hacen esquina, otra de Alcaldes del Crimen y por la parte de tramontana se sigue el Archivo del Juzgado Mayor de bienes de difuntos y el del Oficio del gobierno que se terminan con la escalera y después está la Contaduría Mayor de Hacienda de estos Reynos, con su Tribunal en tres espaciosas salas, que sirven a los contadores mayores, ordenadores de resultas y demás oficiales con su archivo y demás oficinas necesarias. Y remata en la parte posterior de este ángulo, la cárcel de corte y en lo alto una bellísima sala donde se visitan los presos, obra moderna y necesaria para la autoridad y decencia de los Ministros que la ocupan.

Bajos de Palacio -29-. En la parte baja después de la escalera, hay una puerta que sale a la Pescadería y se sigue inmediatamente al oficio de Cámara de la Contaduría, el sello Real que está en un hermoso salón, con su archivo y defendido por las partes de afuera con cadenas para su mayor respeto, dos piezas que sirven a la contratación y despacho de los oficiales reales, que ocupan el extremo de la esquina de la plaza, y corriendo su frente esta el oficio de Registros, el Tribunal del Consulado y últimamente remata con el tránsito de la puerta principal, el oficio de gobierno.

En la parte de este patio que corresponde a Occidente, ay un tránsito que sale al segundo patio, vivienda de los Virreyes y después dél, la Capilla Real que compone un medio crucero con puertas a los dos patios, obra de relevante primor, en quien el Virrey Conde de Salvatierra ostentó el buen gusto y lució lo fervoroso de su devoción.

Segundo Patio -30-. En el segundo patio está el tribunal del Juzgado mayor de bienes de difuntos, las Cajas Reales, las de Censos y su juzgado, la sala de Armas, el cuerpo de Guarida, de Infantería Española, donde asiste una compañía a la defensa y custodia de la persona del Virrey y Real Palacio, con otras oficinas y quartos que la hermosean y componen por todas partes, y con puerta que sale a la quadra que corresponde a occidente.

Vivienda alta del Real Palacio -31-. La escalera de este patio está situada en la parte que corresponde a la quadra y en su último tránsito asiste otro cuerpo de guardias Españoles, vestidos de negro, con sus capas, los cuales traen por insignias alabardas, siendo inmediatamente centinelas de la persona del Virrey, y gozan de 400 pesos de sueldo en cada un año y la plaza de Capitán desta compañía es la más honorífica que ay dentro de Palacio, cuyos gages son 4 mil pesos de renta anual con prerrogativas y asistencias de consecuencias; y su Teniente, que continuamente sale delante del Virrey a caballo.

Fachada de la Plaza -32-. Lo demás que incluye la frente de Palacio se compone de hermosos salones, camarines y retretes, con vistoso ventanaje, guarnecido de vidrieras, atizado de varios coloridos que hacen curiosa y admirable su fachada, ocupando lo principal, la asistencia del Virrey y su Secretaría. El centro y parte posterior, se divide en cuartos, comedores, oficinas, caballerizas, jardines con fuentes y estanques, todas las cosas necesarias al hospedaje y servicio del Virrey y su familia.

Cajones de la frente de Palacio -33-. El espacioso giro de la frente de la plaza, por una y otra parte de la puerta principal, la guarnecen 42 caxones, en que se vende todo género de mercerías y su renta, que ha pasado algunos años de 6 mil pesos, es de la Ciudad, a cuyos propios pertenece.

Cajones de Su Magestad -34-. Y por la frente y calle que corresponde a occidente, después de la puerta del segundo patio están incorporados en la pared, 18 caxones que la hermosean y sirven de adorno y compañía (sic) a la calle, obra del Conde de Alva de Aliste, Virrey que fue destos Reynos, cuya renta es de Su Magestad.

Los ministros que componen este Gobierno hazen grande la magestad de nuestro supremo Monarca y sus rentas acreditan los infinitos tesoros del nuevo mundo y copiosa fertilidad del país (Pastor, 1938).

Esta segunda mitad del siglo XVII, es pródiga en sismos y reconstrucciones: Ya en 1666 la Audiencia gobernadora informa al nuevo virrey conde de Santisteban la ruina y el mal estado del edificio (Durán, 1994, p. 136). Pero el 17 de junio de 1678 a las 19 y 45 un fuerte temblor sacude Lima y causa estragos en la Ciudad de los Reyes. En Palacio, las rajaduras de las paredes altas y bajas, obligan al virrey don Baltasar de la Cueva Enríquez, conde de Castellar y su familia a pernoctar en el patio. El vicesoberano ordena a los alarifes a calcular el monto de los daños y la suma asciende a tres millones de pesos. Pero el conde no se amilana y en poco tiempo refacciona el edificio con nuevos aposentos para soldados y la armería, piso enladrillado en varios ambientes, renovación de portadas, ventanas y balcones y deja todo en muy buen estado y con gran comodidad para uso y abuso de sus sucesores; corrieron las obras a cargo del renombrado arquitecto Manuel de Escobar, quien redactó un informe sobre los daños del próximo sismo que veremos a continuación (Pastor, 1938, p. 311 y ss.).

Dicho temblor mucho peor que el del 78, ocurre el 20 de octubre de 1687 con dos tremendos remezones, uno a las 4:30 de la mañana y otro a las 6:30, arruinan por completo la ciudad y causan cientos de víctimas en Lima y el Callao. El virrey de entonces, don Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Palata y su familia tuvieron que refugiarse en el patio y jardines del inmueble, antes que la debilitada planta alta se desbaratara sobre el piso bajo, arruinando todo el edificio, al inutilizar por completo toda la obra y actividad del conde de Castellar. El duque se marchó fuera del arruinado palacio a dormir con su familia en la Plaza de Armas, en una vivienda provisional, una barraca con toldos hasta el 5 de enero de 1688, cuando se muda al patio palatino para residir en unos cuartos de tabla, mientras se concluye la reconstrucción del edificio, la tercera en un siglo, después de vivir los primeros días después del sismo en una de las carrozas de servicio, mientras que de día y de noche aterran y sobresaltan los temblores que no cesaron hasta diciembre del 87. Manuel de Escobar es convocado por el duque para reparar el Palacio, iniciando las obras de la planta baja y concluyéndolas en el piso alto, los entresuelos y balcones en el bienio 1689-1690, aunque las labores complementarias de adorno y menaje las realiza el nuevo virrey, don Melchor Portocarrero Laso de la Vega, conde de la Monclova, quien gobernó el Perú hasta 1705 fecha de su fallecimiento (Pastor, 1938, p. 311 y ss.; Bachmann, 1939, pp. 388-389). Así ocurre con la reconstruida galería que da vista a la plaza en la fachada de Palacio, la renovada capilla real en donde el piadoso conde coloca un sagrario de plata que importa más de cuatro mil ducados. En su despacho o sala de audiencia, instala un salón de blasones, concluido en 1690, con los escudos y blasones de los Reyes de España y sus Virreyes en el Perú, con cartelas en las que constara las fechas de su nacimiento y muerte y hechos más notables durante sus gobiernos, obras terminadas por el pintor Gregorio Sánchez el 15 de setiembre de 1702, incluyendo una inscripción relativa al censo capitalino de 1700 que arrojó 37.234 habitantes (Bachmann, 1939, p. 134).

En 1707 vino a gobernar el enorme virreinato peruano, el marqués de Castellldosríos, don Manuel de Oms y Santa Pau Olim de Senmanat y Lanuza, grande de España, hombre muy refinado y culto, Embajador en la corte francesa de Luis XIV, que trajo su propia orquesta y fabrica en el jardín palaciego, un pabellón o «casina» todo de cristales, para disfrutar de conciertos y tertulias literarias, al usufructuar las mejoras y adornos que su antecesor el conde de la Monclova realizara en salones y oficinas.

El marqués de Castellldosríos, que quiso imponer en su palacio de Lima las modas y costumbres de la corte de Versalles, en donde tanto tiempo residiera, chocó con el gusto tradicional de sus gobernados. Pero hasta 1710, año de su óbito, montó piezas teatrales compuestas por él y por el sabio peruano Peralta, miembro de la Academia literaria virreinal, instalada en la «casina» del jardín. Extinguido el

virrey literato el 22 de abril del año citado, se realizó un inventario de sus bienes, que es en realidad un catálogo del menaje y adornos de palacio, muy valioso por detallar los muebles de cada ambiente del edificio. Así, en el salón de audiencias bajo un dosel de damasco carmesí con rapasejo de oro, había una silla y alfombra de lo mismo, 12 sillas de baqueta labradas en seda verde y amarilla, 32 sillas de suela ordinaria, 12 taburetes altos similares, 4 bancas forradas en baqueta, 12 de madera blanca y dos escaños ídem, 3 cortinas de damasco nácar con sevillaneta y cenefa de lo mismo, una colgadura de damasco encarnada con pasamano y cenefa de seda y oro, esta de 37 purnas; en el comedor 4 mesas forradas de vaqueta de Huamanga y otras 3 sin aforrar, una tarima, 8 paisés (paisajes) en láminas de papel de estraza con marcos dorados, 3 lienzos grandes con las pinturas de Lima, su plaza y puerto del Callao, un mapa de Saboya con marco y estampa, otro de papel de una batalla y una tinajera con su pie; en la alcoba principal 16 paisajes chicos y grandes, un catre de madera con pabellón rodapiés de damasco carmesí, 2 colchones ídem y un mosquitero, un canapé y dos poltronas de seda, 2 tinajas grandes de Guadalajara en pedestales de madera, una grande y otra chica, 14 espejos, 16 mapas, 13 lienzos, dos mesas, una grande forrada en vaqueta de Huamanga y otra no, 4 escritorios de carey, marfil y concheperla, 2 grandes y 2 chicos y otro mayor de madera con chapas y cantoneras de fierro dorado, estante con coronación de bronce, 2 cortinas de tafetán, mesas con cajones para globos y un atlas de madera sosteniendo un marco dorado con perspectiva de Perseo y la comedia; en el oratorio 6 taburetes de vaqueta aprensada, un bufetillo, 6 consolas de madera con candeleros, un bufete de 2 cajones, una tarima y alfombra caprina, 4 esculturas, 2 pinturas que representan a San Ignacio y a San Javier, 6 casullas, 2 cingulos, 2 blandoncillos de plata, 3 albas, 5 paños de palio, manteles de altar, un cáliz, patena, platillo, 2 vinajeras, misal, ostiario de carey y otros ornamentos sacros; escritorios, alcobas, vestuarios, cocina con 14 tablas de manteles y 58 servilletas, 8 ollas de cobre con sus tapas, 8 cazuelas, una barquilla y su tapa, una freidera, 5 tapas y 4 torteras de cobre, 2 cuchillos grandes, un almirez con mano de bronce, una parrilla, 2 caballetes p. asar, un azadón grande, una espumadera, 2 palas de fierro, una rayadera, 4 zurrones de cacao, un montón de cabos de velas de cera, panes de azúcar quebrados que con el cacao se usaron en el servicio de los hijos del virrey, la caballeriza con 12 mulas de tiro, el caballo del marqués y 10 carruajes de diverso modelo, entre un forlón, una silla de posta, 4 sillas de recados, un coche de cámara, un coche bordado con 6 guarniciones, 2 sillas y 2 frenos y cobija de cotensí, otro carmesí, todos con sus frenos y guarniciones, un carretón con su silla, un tornillo del alzar coche (una gata actual) y un arca de cebada vacía, sin olvidar la «casina» o pabellón de cristales, que incluía entre otros un canapé, 4 taburetes, 10 espejos y 20 consolas (Pastor, 1938, pp. 149-161)⁴.

⁴ Nosotros hemos resumido el documento.

Poco cambió el edificio hasta mediados de siglo, cuando un incendio en la Ribera en 1745 (Quiroz, 1997, p. 103) causa estragos y el pavoroso cataclismo de 1746 anulan por completo los esfuerzos combinados de los virreyes Palata y Monclova en la reconstrucción del inmueble tras la ruina de 1687. En 1741 Juan y Ulloa lo describen así:

La fachada norte de la plaza (de Armas) está ocupado por el Palacio del Virrey, dentro del cual se hallan todos los tribunales Civiles, Criminales, económicas, la Real Hacienda y la cárcel de corte. En la antigüedad, fue este edificio de gran magnificencia por su hermosa disposición y arquitectura, pero habiéndose arruinado en la mayor parte con el formidable temblor del 20 de octubre de 1687 que asoló toda la ciudad quedó reducido a las bajas habitaciones, construcciones sobre un terraplén que al presente existen y sirven de morada a los Virreyes y su familia (Juan & Ulloa, 1978, t. 2, p. 40).

El Virrey además de asistir a los Acuerdos, Junta de Real Hacienda y de guerra que se ofrecen, da Audiencias públicas diariamente a toda suerte de personas, a este fin tiene en Palacio 3 magníficos salones: en el exterior (que está) adornado con los retratos de todos los Virreyes, recibe y oye a los indios y gentes de casta, en el de más adentro a los españoles y en el último donde debajo de un suntuoso dosel están colocados los retratos de los actuales Reyes (Felipe V e Isabel Farnese) a los señores que quieren hablarle en particular sentido sin ser conocidos (Juan & Ulloa, t. 2, p. 53).

Para Bernales, solo se maltrató levemente el piso alto en los departamentos del virrey y su familia, pero paradójicamente sí se arruinan las salas bajas de la Real Audiencia, el Tribunal Mayor de Cuentas, Cámara Real y otras oficinas de la corona, todo lo que según este autor se rehizo con prontitud. Pero en el ínterin, el virrey, don José Antonio Manso de Velasco, luego conde de Superunda, debió pernoctar en una barraca de lona y madera en la Plaza de Armas, hasta que se refaccionaran sus aposentos y demás departamentos palaciegos (Bernales, 1972, p. 294 y 313; Bachmann, 1939, pp. 390-396).

El nuevo edificio quedó listo en 1748 en lo esencial, pero las obras continuaron a lo largo del gobierno del conde de Superunda hasta 1761. Su sucesor, don Manuel de Amat y Junient que se quedó hasta 1776, amplía y mejora la refacción, como que fabricó un balcón esquinero encajonado en la calle de los Desamparados, para distraerse observando a los peatones y carruajes que van y vienen por el Puente de Piedra, cuyo arco adornó con torrecillas y el reloj de los jesuitas (Pastor, 1938, p. 174). Sin embargo, Lohmann señala que Amat dejó desmantelado Palacio y se apoderó de joyas y preseas de su antecesor que no devolvió (Lohmann, 1976, p. 203)⁵. Esta apariencia palaciega del siglo XVIII perduró hasta fines

⁵ El autor precisa que Amat retuvo las prendas de su antecesor adquiridas por el limeño conde de Valleoselle, a quien no pagó un céntimo por la retención.

del siglo XIX, cuando el incendio de 1884 obligó a una transformación concluida durante el segundo gobierno de Piérola (1895-99).

Una descripción importante, la de Gregorio de Cangas, hacia 1776 indica:

Que aunque lo bajo de la fachada de este palacio por estar construido en un solo terraplén, representa ser pequeño no lo es, y es engaño que causa su construcción la que se hizo en esta disposición por el recelo de los muchos continuados temblores y terremotos pues en los que se experimentaron furiosos se demolió este palacio, que fue siempre de considerable elevación pero no obstante no deja de ser espacioso porque dentro se halla el despacho y salas de todos los tribunales. La cárcel de corte, capilla real, tres hermosos patios, el primero es en donde concurren los coches y calesas, el segundo donde se hallan los cuerpos de guardia, sala de armas y oficio de gobierno; y el tercero es el que franquea la entrada a la armería y subida secreta a los corredores del palacio, este es pequeño y no cuadrados como los otros (Cangas, 1997, pp. 25-26).

De la armería apunta:

Sobre dos pilastras o pirámides a su entrada, se ostentan dos estatuas con picas en la mano, la una es de Héctor y la otra de Aquiles desde donde se empiezan a prolongar lo espacioso del salón; las paredes están adornadas con perchas de madera y en ellos colocadas las armas antiguas de mosquetes, picas, etcétera, continuando en esta forma otras salas con frutios y ser más blancas a la moderna, limpias y prontas para cualquier evento.

En el segundo patio del palacio están los almacenes para los trenes de artillería y armamento de los artilleros como también un hermoso taller donde continuamente se está limpiando y componiendo toda arma de chispa y blanca.

Guárdanse en uno de los almacenes de palacio algunas culebrinas volantes de bronce, su calibre de a ocho, su fábrica primorosa, llena de relieves y molduras, su alcance como de un cañón de a doce en los ejercicios de fuego suelen sacarse algunas para aumentarlo (Cangas, 1997, pp. 25-26).

Señala asimismo este autor que custodiaban el edificio diversas compañías militares, una de caballería de 160 hombres, que guardaban la puerta a la plaza y acompañaban al virrey a su salida, otra de 50 alabarderos, que vigilaban la puerta de honor y los salones y que siempre seguían al virrey en sus salidas, y la tercera dos compañías de infantería de 90 hombres ubicados en el segundo patio, que vigilaban el palacio, las cárceles y las calles, realizando labores de policía como la primera (Cangas, 1997, pp. 25-26).

Entre 1776 y 1782 el inmueble fue refaccionado completamente de los trastornos que sufrió por el fuerte sismo del 26 de enero de 1777, que se extendió 40 ó 50 leguas por la costa y el interior, al reiterarse los temblores hasta el 12 de febrero, y se creyó una repetición del de 1746, pues mientras los virreyes se

refugiaron en el convento mercedario, en 1776 y 1777, José Antonio Serón, pintor y decorador realizó obras en palacio, como copiar las inscripciones de los virreyes que en 1702 había ejecutado Gregorio Sánchez en el camarín del virrey. No fue el único convocado por Guirior, pues Feliciano Fernández y Clemente Liseras pintan otros salones y José Bermejo, retratista del virrey Superunda y pintor de la serie mercedaria de San Pedro Nolasco, diseña figuras chinescas en el gabinete de la virreina (Rodríguez, 1969, pp. 205, 213, 245), doña María Guirior, casi la única en todo el siglo XVIII desde el gobierno del conde de la Monclova.

El sabio don Hipólito Ruiz, anota en 1783:

El Palacio del Virrey que ocupa el segundo lienzo de la Plaza y consta de una cuadra o manzana entera no corresponde tampoco, sin embargo de los gastos que se imponen en su reposición siempre que entra Virrey nuevo. Después de lo mucho que fabricó en él el Sr. Amat, se emplearon 30 mil pesos para que lo habitase su sucesor, el Sr. don Manuel de Guirior y saliendo éste a los 4 años escasos, otra gruesa cantidad cuando entró el Sr. don Agustín de Jáuregui (1780). Este gasto y el recibimiento de los Señores Virreyes lo hace el Cabildo y Regimiento de Lima, a expensas de los propios que se atrasa mucho, para poder atender a otras obras públicas más interesantes. A este Palacio están agregados los Tribunales, Contadurías, Cajas Reales, Sala de Armas, Cuartel de la Guardia de Infantería y Cárcel de Corte; como también las Covachuelas donde venden los perfumes y otros muchos efectos y las Tiendas de Fierro. Por la espalda de Palacio, está el Puente que se dijo, a cuya entrada hay un arco antiguo, que el Sr. Amat decoró y surtió de un bello reloj para gobierno del Palacio y del arrabal de San Lázaro (Ruiz, 1959, pp. 24-25; Bachmann, 1939, p. 396).

Ruiz confirma así la refacción de 1782⁶.

En 1788 se concluyó la obra de Palacio durante el gobierno del virrey don Teodoro de Croix (Bernales, 1972, p. 313), pero de nuevo se arruina por dos temblores, uno el 7 de setiembre, y otro el 26 de marzo de 1794, bastante fuerte que alarmó grandemente a los limeños (Pastor, 1938, pp. 182-183; Bachmann, 1939). El sucesor de Croix, don Francisco Gil de Taboada y Lemos, teniente general de la Real Armada y caballero de la orden de San Juan (1790-1796), encarga al pintor José Alarcón, realizar varias pinturas en el cielorraso de la cámara del virrey (Rodríguez, 1969, p. 198), instala allí una Academia Náutica y repara al costo de 37 514 pesos las Cajas Reales muy averiadas al explotar un molino de pólvora en 1792 y la Secretaría de Cámara del virreinato, semidestruida por el temblor de setiembre, al renovarla completamente; se reconstruye la sala que cubre el tránsito de la tribuna de la capilla real y se repara el techo del salón de la guardia

⁶ Biblioteca Nacional del Perú (en adelante BNP). Expediente sobre la refacción de Palacio en 1782, mss.

de alabarderos, la antesala del Real Acuerdo y el salón de los retratos y la puerta y la escalera de esta pieza que se decora con relieves y nueva arquitectura, todo al costo de 10 817 pesos y un real. Aparte se hace la vieja portada que se abre a la calle del Hierro Viejo y se coloca en ella, una placa de bronce con el nombre del virrey y la fecha 1794. En el frente del vetusto inmueble el maestro mayor de obras, don Martín Gómez, a órdenes del virrey, compone los «cajones» cuyo alquiler asciende a 9759 reales y medio. Felipe Bauzá hacia 1796, describe así el edificio:

Al norte de la plaza (de Armas) está el Palacio del Virrey edificio irregular y vasto, pero sin fachada (?), ni adornos, avistan a la plaza algunas galerías de Palacio y la entrada de las caballerizas y hay adelante un conjunto de tiendas pequeñas que equivalen a las covachuelas de San Felipe el Real en Madrid y que se llaman en Lima «Cajones de Ribera». El Virrey recibe en tres magníficos salones a toda clase de gente; en el más exterior a los indios y gente de casta; en el segundo a los españoles y en el tercero a los de asuntos privados. El sueldo del Virrey es de 60,500 pesos. Tiene dos compañías de guardias: La de caballería (establecida en 1557) de 147 plazas, reducida en 1784 a 34 y capitán y la de alabarderos (formada en 1551), reducida también en el año citado a un capitán y 24 hombres. Estos últimos cuidan al Virrey en Palacio, en la Audiencia, en público y cuando acude a los Tribunales, la de caballería vigila la puerta de Palacio y sale con el Virrey en su carroza, un piquete de 4 hombres adelante y otros cuatro atrás. Los sueldos anuales de ambas fuerzas suben a 20,654 pesos. Los capitanes los nombra el Virrey y son de mucho aprecio para el nombrado. La Secretaría de Cámara y Escribanía de Gobierno, Guerra y Real Hacienda asciende a casi 20 mil pesos (Bauzá, 1901, p. 11).

En 1805, el marino norteamericano Amasa Delano nos visita y anota:

El Palacio del Virrey en Lima, una de las mayores curiosidades de la ciudad es un atractivo y espacioso edificio, cuyo interior está tan singularmente construido, con tantos vericuetos que llegar a la oficina del Virrey en el que dirige personalmente los negocios, que para un extraño sería difícil encontrar un camino en el recorrido sin la ayuda de un guía. A pesar de que he estado más de 50 veces en el despacho del virrey, dudo muchísimo si ahora sería capaz de encontrarlo sin un conductor. Una de las estructuras adjuntas al palacio y construidas dentro de sus muros es llamada el arca real, en la cual se depositan los tesoros de la Corona, así como toda otra propiedad disputable ya sea en especies o dinero, similar a aquella de la corte de la Cancillería en Inglaterra.

Subraya el elegante uniforme de la guardia palatina todo azul con chaleco, casaca y pantalón parecidos a los oficiales de marina y que el virrey viaja siempre en un elegantísimo carruaje de seis mulas, seguido de otros dos coches para su séquito (Delano, 1973, p. 9).

En 1806, durante el gobierno del marqués de Avilés, don Gabriel de Avilés, se apunta una descripción poco divulgada:

Una gran sala de retratos estaba decorada con uno del Almirante (Cristóbal Colón), dos de los Reyes de España (Carlos IV y María Luisa de Parma) y de todos los Virreyes, seguía una Antesala de Corte, tapizada en raso oro y blanco, con dos grandes relojes en sus peanas y 16 sofás tapizados de damasco carmesí, cuatro arañas, dos mesas rinconeras y 6 cornucopias. Otra sala anterior a la alcoba del virrey estaba adornada con un busto en piedra del Rey, dos retratos al óleo de los monarcas, dos mesas y cinco canapés, el oratorio tapizado en damasco carmesí, con una mesa de altar y su estrado, lienzos de San Jerónimo y San Camilo, ornamentos de brocado blanco, crucifijo, cáliz y patena de plata. Completaban los aposentos vicerreales, un gabinete tapizado en raso aurora, la alcoba o recámara, un segundo escritorio con balcón que daba a la calle de los Desamparados; tenía el Virrey dos carruajes para su uso y seis caballos de tiro para éstos (Donoso, 1941, p. 340, nota 19)⁷.

Sabemos que Avilés fue el primer inquilino del inmueble que pensó en desalojar los «cajones», pues en 1804 eliminó a varios que estorbaban el libre paso de su carroza en la puerta cochera de la vicerreal morada, en la calle de Palacio (Eguiguren, 1945, p. 78).

Este menaje y decorado sabemos que se mantuvo hasta la época de la Independencia, por otro documento que data de 1821, un inventario palaciego de la época del virrey Pezuela (Ugarteche, 1967, t. 30, pp. 405-411)⁸ que confirma el contenido del de 1806, si bien ambos son inferiores al de 1710, por citar el mobiliario de modo incompleto. El documento de 1821 incluye la Sala de Retratos con los 43 de los virreyes hasta el marqués de la Concordia (Abascal), uno de Colón y otro de Fernando VII bajo dosel de terciopelo rojo, dos arañas de cristal, una tarima y una alfombra, ventanas con cristales, la antesala de corte tapizada de damasco carmesí y araña amarilla, sin menaje; la sala de corte tapizada en raso oro y blanco, 2 relojes grandes con peanas doradas, 16 sofás forrados en damasco carmesí con filetes dorados, 8 sillas forradas ídem, 4 grandes arañas de cristal, 2 mesitas rinconeras pegadas a la lámpara de cristal que divide la sala, en la pared óleo alegórico (La Justicia de José del Pozo), alfombra grande y petates, ventanas con cristales, cordones y borlas de seda, la sala siguiente tapizada en damasco carmesí, un busto de piedra del Rey, 2 retratos de Carlos IV y María Luisa, 2 mesas de jaspe con pies de hierro, una ídem. de madera con reloj de sobremesa, 4 canapés con filetes dorados forrados en damasco carmesí, 28 taburetes forrados ídem,

⁷ Encontramos la misma información en BNP. Inventario que se forma de los muebles y adornos que existen en el Real Palacio que ha ocupado el Exmo. Sr. de Avilés, mss. vol. 129 (antes del incendio).

⁸ Ugarteche ignora la muerte del arzobispo Parada en 1779 y lo hace aparecer en 1821, en vez de Bartolomé de Las Heras, último prelado virreinal de Lima.

20 dorados, el resto no, una banca y 5 taburetes para el balcón, todos forrados en ídem, 3 arañas de cristal, ventanas con cristales, borlas y cordones y seda, a sala de Junta Superior, empapelada, un retrato de Fernando VII bajo dosel carmesí galoneado de oro, mesa nueva para juntas, sofá liso forrado en damasco ídem, banca nueva de badana, araña de cristal, petate blanco, ventanas con vidrios y el cuarto siguiente empapelado pero no descrito; el gabinete del virrey tapizado en raso aurora y mansú blanco con 4 grandes rinconeras y sus vidrios, estante para papeles con su tarima de madera, una mesa grande (escritorio) con cajones y carpeta inglesa para Su Excelencia, 2 sofás lisos de damasco carmesí, 6 petates chinos unidos y ventanas con vidrios, cordones y borlas de seda; el oratorio tapizado en damasco carmesí con un ornamento de raso negro completo, mesa de altar con su estrado, un gran crucifijo, 2 lienzos de San Jerónimo y San Camilo, 2 láminas en nácar, una mesa grande para guardar ornamentos, una mesita aparador, alfombra cusqueña, 2 petates blancos, 5 ornamentos completos de diverso color, un cáliz con patena y cucharita de plata dorada, un misal con atril de madera plateada, 2 albas, una pilita de cristal, 3 sacras en marco de madera, un ara de lienzo, 4 amitos, 6 purificadores, 4 palios, 1 frontal de racete galoneado en plata; la antesala de la virreina tapizada en damasco carmesí con 19 taburetes chicos forrados en ídem, 2 mamparas nuevas pintadas al óleo con viñetas, sus cristales, una con grandes cortinas de damasco carmesí nuevas, la otra de gasa labrada, ventanas del balcón con sus cristales; sala de recepción de la virreina tapizada en raso chino blanco y amarillo con una gran araña, 2 espejos grandes en marcos dorados con sus consolas, 5 sofás de raso con filetes dorados, alfombra grande de tapiz de París con filete verde y petates blancos en toda la sala, mampara de cristal pintada al óleo y dorada a lisa con viñetas y cortinas de raso y ventanas y balcón con vidrios, cortinas de gasa labrada, cordones y borlas de seda; gabinete de la virreina con empapelado chino, petate blanco, mampara de lienzo pintado al óleo y filetes dorada a lisa, las ventanas con sus vidrios, cordones, borlas y cortina de gasa labrada; una alcoba con empapelado chino, alfombra roja y petates blancos, 2 mamparas de lienzo, una pintada al óleo con filetes doradas a sisa y otra al temple, las ventanas con sus vidrios, cordones y borlas y el balcón con cortinas de gasa labrada no hay mobiliario; 2 recámaras iguales, con empapelado de color, en cada una, una rinconera pintada al óleo, mesa de caoba cuadrada, 2 petates blancos, una mampara de lienzo nueva pintada al óleo con filetes dorados a sisa, ventanas y balcón con vidrios, cortinas de gasa labrada, cordón y borla, no hay más menaje; una tercera recámara que sirve de comedor, pintada al temple, mampara de lienzo pintada al temple que da al traspatio y las ventanas con sus vidrios, no hay menaje; comedor de la familia virreinal, tapizado en papel de fondo verde con estatuas y columnas, bancas grandes con espaldar y ventanas con sus vidrios, borlas y cordones, pero no hay más mobiliario; la pieza anexa para el despacho de comer con un armario grande, 2 tarimas con 4 tablones y sus pies

que cubren todo el largo del ambiente y una tinajera nueva portátil con su piedra; el estudio del asesor superior con todo nuevo, 12 sillas de pata, una mesa grande larga con su cajón y paño verde con flecos, gran tintero de estaño, una salvadera, una regla, un armario grande para papeles, una mesita de 2 cajones; en la cocina 3 mesas grandes, una estufa, una mesita de 2 cajones, una tapa y pala de fierro nueva para el horno; 25 faroles para patios, corredores y escaleras, 23 cortinas 11 de lona nueva para el gran balcón esquinero con sus vidrios y cortinas nuevas de tafetán verde, 3 cortinas de lona para el balcón inmediato todo de vidrios y 9 cortinas más para los 7 balconcitos que dan a la calle de los Desamparados y 2 ventanas para la calle de los Alabarderos; un coche, 2 mulas y unos tiros viejos y 26 piezas del Sital para funciones públicas, incluso las del Viernes Santo (todas moradas) y las de la Galería de la Comedia, entre 6 sillones, 9 cojines y 6 paños de terciopelo, 2 paños grandes de tafetán y 3 alfombras sin contar 2 bancas grandes, 2 banquillos y un sital de madera cuadrado con pies de fierro (Ugarteche, 1968, pp. 403 y ss.).

Durante la administración del virrey Abascal, se realizó una refacción de las cañerías palaciegas en 1811⁹, además él trajo de Madrid un gran cocinero, José Coppola, que renovó por completo los servicios culinarios en Palacio y los almuerzos para los treinta comensales de la mesa virreinal fueron mejores que nunca (Pastor, 1938, p. 188)¹⁰.

Basilio Goloffnin, capitán de la armada imperial rusa, y que al mando del navío «Kamchatka» de esa bandera, llegó al Callao en 1818 y fue recibido en Palacio por el virrey don Joaquín de la Pezuela, quien le convidó a almorzar con sus oficiales allí. El relato del marino ruso es halagüeño y contrasta con la ácida descripción del comandante Hall, que veremos más adelante; a continuación fragmentos de sus impresiones que precisan la etiqueta palaciega:

El 10 de febrero de 1818, después de las 8 de la mañana vinieron de tierra a informarme que la carroza del Virrey había llegado para llevarme a Lima y me estaba esperando. Enseguida me fui con algunos de mis oficiales al Callao y encontré el coche en la misma entrada del puerto. Era una carroza inmensa, con vidrios por todas partes y tapizada por dentro de terciopelo carmesí pero (¿?) pintada bellísimamente por fuera. Estaba tirada por seis mulas de un mismo color; las viseras y los frenos estaban también forrados de terciopelo carmesí con bordados de plata. Los cocheros montaban la primera y la última pareja. Tanto ellos como los lacayos vestían libreas rojas de lana con guarniciones de plata. Y la carroza se hallaba escoltada por dos húsares a caballo. El oficial que mandaron para acompañarme el Comandante Plato, jefe de la guardia de a caballo del Virrey. Me anunció que el Virrey esperaba a comer a todos nuestros oficiales y que había

⁹ BNP. Expediente sobre la refacción de las cañerías de Palacio en 1811.

¹⁰ Coppola formó familia en Lima, renunció a su cargo al volver Abascal a España y abrió una fonda con su nombre convertida a mediados de siglo en el famoso Hotel Americano.

mandado por mí a su propia carroza mientras que para los demás oficiales había otros coches listos.

Al llegar al Palacio del Virrey nos recibió un funcionario militar, con su uniforme de dos charreteras. En la antesala se hallaban formados los guardias, que eran unos cuantos granaderos. En la puerta de la primera sala estaban de guardia dos hombres que por su atavío no parecían soldados, pero llevaban alabardas. En la primera sala había algunos oficiales y en la segunda el mismo Virrey con muchas otras personas de uniforme o con atuendos a la francesa. El Virrey vestía de uniforme azul con cuello y solapas rojas ricamente bordadas de oro, al lado izquierdo tenía dos estrellas y llevaba la banda de la orden de Isabel la Católica. El Virrey sin decirme palabra, nos condujo a las salas interiores y los demás nos siguieron. Después de haber atravesado dos o tres habitaciones, llegamos a una sala grande muy lujosamente decorada. En la pared principal, estaban colgados una imagen religiosa y un retrato del Rey (Fernando VII), debajo de los cuales se encontraba un gran sillón con dos sillas a los lados. El Virrey se sentó en un sofá y me hizo sentar allí también, mandó a un funcionario con uniforme bordado y condecoraciones, a quien él llamaba «Señor Intendente» que se sentara a mi lado. Este intendente hablaba francés y tenía que traducir nuestra conversación. A todos los demás, tanto a nuestros oficiales como a sus propios funcionarios les pidió que se sentaran más lejos (Ningún ruso sabía español y viceversa).

Para empezar el Virrey me preguntó como me hallaba de salud y si había llegado al puerto sin novedad. Después de responder pedí al Intendente que expresara mi agradecimiento al Virrey por haberme servido una carta muy halagadora. Me preguntó enseguida qué noticias había de Europa y de Río de Janeiro y como me gustaba el país, etcétera.

Luego de un rato, el virrey le presentó a la virreina, doña Ángela de Ceballos y Olaria que descansaba en otro salón:

Después de haber conversado como una media hora nos invitó a visitar a la Virreina. Penetramos más al interior del Palacio y entramos a una sala grande donde estaba la Virreina sentada, con cuatro caballeros vestidos de seda azul celeste y con zapatos bajos. Todos los atuendos del mismo color y forma, eran los caballeros de la corte virreinal. El Virrey nos presentó a la virreina y como ella no sabía distinto idioma del español, nuestra conversación no pudo durar mucho tiempo. Vestía la Virreina un sencillo traje de seda rayada, pero con riquísimas perlas y piedras preciosas. Estaba sentada en un sillón y tenía debajo de sus pies un cojín de terciopelo carmesí con franjas de oro.

Luego describe el almuerzo:

A las dos fuimos a comer. Pregunté de antemano a Abadía si se acostumbraba a llevar a las señoras a la mesa, como se hacía en Europa, pero me dijo que aquí no tenían esa costumbre y que las señoras pasaban solas delante y los caballeros

las seguían. De modo que iba por delante la virreina, seguida por su hija, una señora joven esposa de un general (Mariano Osorio) que se encontraba en Chile; luego venía el virrey, a su lado yo y detrás de nosotros nuestros oficiales (éramos cinco rusos) y todos los demás. Después de haber atravesado varias salas y un gran arco que se encontraba cerca del jardín, entramos al comedor. El virrey se sentó a la cabecera de la mesa; a su mano derecha se sentó la virreina y a mí me hizo sentar a su izquierda. Al lado de la mesa, frente al virrey estaba su hija; a sus lados el intendente y otro funcionario de importancia. A mi lado estaba sentado el Comandante General de las tropas de aquí que era nuestro intérprete. Mis oficiales quedaron acomodados en diversos sitios. En total éramos unos 30 comensales, entre los cuales había un eclesiástico.

El servicio de mesa no era como de Virrey: Unos platos ordinarios de loza, cuchillos y tenedores de plata. La comida consistía en un sinnúmero de platos guisados al gusto español, es decir con mucho aceite y ajos. Había carne de vaca, jamón, salchichas, palomas y pavos y varias otras aves, con salsas y muchos aderezos. Muchas verduras y frutas de toda clase, pero nada de pescado. Solo había vino tinto y no lo convidaban, sino que cada uno se servía y bebía, cuando y cuanto quería. Me extrañó mucho ver que en la mesa del Virrey sirvieran helados. El comercio del hielo está entregado a concesión; los concesionarios pagan al gobierno 30 mil pesos al año y este dinero lo toma el Virrey como parte de su sueldo.

Luego informa de la sobremesa:

Después de la comida, regresamos a la misma sala de antes, donde nos sirvieron café, licores y cigarros puros. Una hora después, enterados por Abadía de que ya era tiempo de marcharnos, porque los españoles hacen siesta después de la comida, nos levantamos y nos despedimos. El Virrey nos acompañó por dos salas y nos hizo decir que su palacio y su mesa quedaban siempre a nuestro servicio, que podíamos visitar toda la ciudad y que iba a mandar que nos mostraran todas las curiosidades.

Y concluye:

En el palacio del Virrey muchas habitaciones estaban arregladas con gran magnificencia, mientras que otras eran al contrario demasiado sencillas. A mí me pareció el mejor y más adecuado adorno una pintura trazada con bastante arte en la puerta del despacho del Virrey que representaba a la diosa de la Justicia, de tamaño natural (cuyo autor era José del Pozo). Con todo, puede ser que no siempre lo ayude la diosa en sus consejos (Goloffnin, 1967, pp. 382-385).

Pocos días después, Goloffnin es invitado de nuevo a almorzar en palacio para el 16 de febrero. Pero quien lo recibe y atiende es la virreina porque Pezuela se encuentra indispuerto, y el marino ruso almuerza con doña Ángela y a los postres, le hace entrega en nombre del Virrey un bastón de regalo. Dice Goloffnin: «Según mi invitación, cené este día con el Virrey aunque él estuvo enfermo y no salió. La Virreina nos recibió en su mesa familiar y había pocos convidados. En nombre de su

esposo me dio ella un bastón de carey con puño de oro y me pidió que lo aceptara como un recuerdo del Virrey de mi estada aquí» (Goloffnin, 1967, pp. 384).

En 1821, el viajero inglés Alexander Caldcleugh también almuerza allí ahora con el virrey La Serna y anota:

A las dos de la tarde volvimos al palacio del Virrey para formar entre los numerosos invitados a la mesa que estaba bien servida, a pesar del miserable estado de la ciudad, desprovista entonces de vituallas. Las piezas por las cuales pasamos estaban magníficamente adornadas con dorados y el palacio cuyo exterior no llama la atención, estaba convenientemente acondicionado. Durante la comida varias aves vagaban en el comedor cogiendo las migas que caían al suelo. El Virrey era don José de La Serna, hombre de muy buena presencia de unos 50 años de edad, que llegó a ser virrey por un acto violento de la junta de oficiales para la exclusión de don Joaquín Pezuela que había sido investido como tal durante varios años (Caldcleugh, 1943, p. 45).

En cuanto al ritual palaciego, lo inició Gonzalo Pizarro hermano del fundador de Lima en el decenio de 1540, como hemos visto con detalle al inicio de este estudio. Luego los virreyes con sus familias y sus muchos criados harán más severo el protocolo, roto cuando las pícaras tapadas acudían masivamente a Palacio para conocer al nuevo visorrey. Se les recibe con gran pompa en el barrio de Montserrat, con repique de campanas, fuegos artificiales, *Te Déum* en la catedral, recepción en palacio por los oidores y la aristocracia local, cinco días de corridas de toros y juegos de cañas en la plaza mayor, iluminaciones con alquitrán, recibimiento en la Universidad de San Marcos, etcétera. Los oidores también debían rendir acatamiento al virrey en el complicado ceremonial en que lo reconocían como máxima autoridad del reino. Esto perduró hasta fines del virreinato como lo confirma el relato de Goloffnin.

El rico menaje palaciego se perdió después de la independencia, a lo largo del siglo XIX, con tanta revolución, aparte que San Martín y Bolívar no residieron en el Palacio de Pizarro, sino en la casaquinta de La Magdalena, la residencia campestre adquirida por el virrey Pezuela.

Documentos

Biblioteca Nacional del Perú (BNP)

Expediente sobre la refacción del Palacio del Virrey 1782.

Expediente sobre la compostura de las cañerías de Palacio en 1811.

Bibliografía

- Bachmann, Carlos (1939). Temblores y terremotos en Lima desde su fundación hasta la fecha (18-1-1935). En J. M. Valega, *Virreinato del Perú*. Lima: Cultura Ecléctica.
- Basadre, Jorge (1945). *El conde de Lemos y su tiempo (Bosquejo de una evocación y una interpretación del Perú a fines del siglo XVII)*. Lima: Talleres de la Empresa Gráfica Scheuch.
- Bauzá, Felipe o Tadeo Haencke (1901 [1796]). *Descripción del Perú*. Lima: Imprenta de El Lucero.
- Bernales Ballesteros, Jorge (1972). *Lima, la ciudad y sus monumentos*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Bromley, Juan (1959). Lima en 1630. *Revista Histórica* 24.
- Cieza de León, Pedro (1965). Lima en 1550. En Raúl Porras Barrenechea, *Pequeña antología de Lima: el río, el puente y la alameda*. Segunda edición. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea.
- Caldcleugh, Alexander (1943). *Viajes por Sudamérica en 1821*. Buenos Aires: Solar.
- Cangas, Gregorio de (1997 [1778]). *Descripción en diálogo de la ciudad de Lima entre un peruano práctico y un bisoño chapetón*. Lima: Fondo Editorial del Banco Central de Reserva del Perú.
- Cantuarias Acosta, Ricardo (1995). Ópera, tradición y Pavarotti. *Anka*, 1, feb-mar., Lima.
- Cobo, Bernabé (1965). Lima de 1600 a 1630. En Raúl Porras Barrenechea, *Pequeña antología de Lima: el río, el puente y la alameda*. Segunda edición. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea.
- Donoso, Ricardo (1941). *Don Ambrosio O'Higgins, Marqués de Osorno*. Santiago: Publicaciones de la Universidad de Chile.
- Delano, Amasa (1973). Lima en 1805. En *Colección documental de la Independencia del Perú. Relaciones de viajeros*. Tomo 27, vol. 1. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Durán, María Antonia (1994). *Lima en el siglo XVII*. Sevilla: Nuestra América.
- Eguiguren, Luis Antonio (1945). *Las calles de Lima. Miscelánea*. Lima: Talleres Gráficos de La Prensa.
- Goloffnin, Basilio (1967). Un testimonio ruso de 1818. *Histórica*, 30, Lima.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa (1978 [1748]). *Viaje a la América Meridional*. Edición facsimilar. Madrid: Fundación Universitaria Española.

- Lavalle y Arias, José Antonio de (1972). Galería de virreyes y gobernadores del Perú. En *Incas, virreyes y presidentes*. Lima: PEISA.
- Lohmann Villena, Guillermo (1945). El arte dramático en Lima durante el virreinato (siglos XVI al XVIII). Madrid: Estades.
- Lohmann Villena, Guillermo (1976). *Un tríptico del Perú virreinal: el virrey Amat, el marqués de Sotoflorida y la Perricholi*. Chapel Hill: University of North Carolina, Department of Romance Languages and Literature.
- Moreyra y Paz Soldán, Manuel (1959). Solución al enigma de la biografía del marqués de Montesclaros. En *Festival de Lima, Crónicas*, tomo 6, Lima.
- Pastor, Martín (1938). *De la vieja casa de Pizarro al nuevo Palacio de Gobierno*. Lima: Torres Aguirre.
- Quiroz Chueca, Francisco (1997). El virrey, el intendente y el alcalde. Un plan para cambiar Lima en el 700. *Nueva Síntesis* 4, año 4, Lima.
- Riva Agüero y Osma, José (1934). Lima española. *Revista de las Españas*. Madrid, noviembre-diciembre.
- Rodríguez, Flor de María (1969). Notas para un diccionario biográfico de pintores peruanos. *Fénix* 19, Lima.
- Ruiz, Hipólito (1959). Lima en 1788. En José Agustín de la Puente Candamo, *La Emancipación en sus textos. El Estado del Perú*. Tomo I. Lima: Lumen.
- Stevenson, Robert (1976). La Púrpura de la Rosa. Orígenes del teatro musical peruano. Lima: OEA.
- Suardo, Juan Antonio (1936). *Diario de Lima 1628-1638*. Prólogo y notas de Rubén Vargas Ugarte y Guillermo Lohmann Villena. Lima: Universidad Católica.
- Ugarteche, Pedro (1968). El palacio virreinal de Lima en 1821. *Histórica*, 30, Lima.
- Valega, J. M. (1939). *El virreinato del Perú*. Lima: Cultura Ecléctica.